

LOS SABERES DEL TUNGURAHUA

LEONARDO ABONÍA OCAMPO

LOS SABERES DEL
TUNGURAHUA



© 2021, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 – 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

© Leonardo Abonía Ocampo

Colección Narrativa Colombiana Escarabajo *Jugué mi corazón al azar*
Homenaje a José Eustasio Rivera

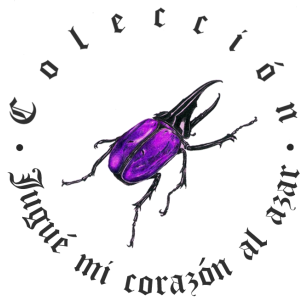
Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Bianca Febbraio Saetta y Saúl Munévar
Diseño de portada: Manuela Córdoba & Tatiana Bedoya
Logo de la colección: Manuela Giraldo Zuluaga y Tatiana Bedoya
Diagramación y diseño del interior: Juliana Saray Ramírez

ISBN: 978-628-7546-06-6

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.



Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje
José Eustasio Rivera

INTRODUCCIÓN

Hola amigo lector. Me complace y me llena de gozo que te encuentres leyendo estas palabras. Eso quiere decir que la fortuna nos ha reunido a través de caminos misteriosos. Nos ha puesto cara a cara para soñar juntos, para construir mediante la lectura un universo maravilloso, una verdad ancestral y primitiva que no morirá cuando hayas terminado el libro. Por el contrario, ese universo que ahora son solo letras y palabras salpicadas en hojas de papel, se irá haciendo imagen en tu cabeza en la medida que vayas leyendo. Luego, sin que te des cuenta, una lucecita comenzará a encenderse en tu corazón. Esa lucecita crecerá, se hará fuego, y cuando menos te lo esperes, se convertirá en una tormenta arrasadora que ya no se apagará. El calor que genere te hará compañía en los momentos de soledad, será una antorcha para iluminar el camino, la flama que mantenga a las fieras a distancia, y será punto de encuentro con otros, que al igual que tú, estén buscan-

do la luz. Ese es el fuego del amor. El amor a la naturaleza, a la magia y a la vida.

En estas líneas te encontrarás con tres historias. Todas diferentes, pero hermanadas de muchas maneras. Primero, porque fueron construidas a partir de los saberes ancestrales de las comunidades originarias de América. Historias que han sido hiladas entretejiendo diversos relatos escuchados por éste, su servidor, en muchísimos viajes a zonas selváticas de Colombia, o al sentarme a escuchar testimonios y saberes de habitantes de regiones apartadas del país, que por un motivo u otro han terminado habitando en las ciudades, donde he tenido la fortuna de topármelos y compartir con ellos. Otros detalles han sido tomados de lecturas de libros de temática indígena, especialmente de aquellos que se centran en la recopilación de testimonios directos de los miembros de las comunidades, o que registran saberes ancestrales milenarios.

El segundo elemento que las conecta, es que todas hablan de un mismo asunto: el misterio y la magia que dio origen a la selva más grande de la tierra, que Francisco de Orellana, al toparse con un grupo de mujeres guerreras que lo acosaron por semanas, llamó Selva de las Amazonas, pero que nuestros ancestros llamaban Tungurahua.

A diferencia de nosotros, que ubicamos la Selva del Amazonas en una región ubicada en la zona fronteriza donde se encuentran los territorios del Brasil, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, para las comunidades ancestrales de Abya-Yala (nombre verdadero de nuestro continente), la selva del Tungurahua se

prolonga a lo largo de la costa Pacífica hasta Nicaragua, pasando por Panamá y Costa Rica. También, abarca la cuenca del Cauca (río Cauca), y de los ríos Yuma o Karakalí (río Magdalena), extendiéndose hasta el departamento de Antioquia, cubriendo en su extensión al Tolima, Huila, Caquetá, Caldas, Quindío y Risaralda. Sé que ahora nos resulta difícil creer que ciudades como Medellín, Ibagué, Neiva, Pereira, Armenia o Manizales, un día fueron territorios cubiertos de selva. Pero así fue. Eso permite dimensionar el tamaño de la deforestación y del asalto que durante más de quinientos años le hemos hecho a la selva, y que aún le seguimos haciendo.

Este texto es un homenaje sencillo pero muy sentido a las comunidades nativo-americanas que aún habitan en nuestro país, cuyos saberes circulan de boca en boca por caminos insospechados a la caza de quien los quiera escuchar, de quien se quiera dejar seducir y educar, en una cultura del cuidado de la naturaleza, del respeto por los saberes del otro, del celo por la búsqueda del bien común y del sacrificio en busca del bienestar de la comunidad.

Para ellos, y para ustedes mis lectores, mis mejores deseos.

Leito

TZUAINA TAINA

...Como su hija era tan obediente, Tloque Nauaque le dio permiso para que se casara con el guerrero más hermoso de la tribu; el valiente Patenane. Tzuaina Taina se casó y fue largamente feliz al lado de su esposo. Pero Chilke se llenó de envidia, así que invitó a su hermano Patenane a pasear por el pantano, y cuando estuvieron a solas, lo empujó al fango de donde no pudo salir y se ahogó. Tzuaina Taina supo de inmediato que algo malo sucedía por lo que fue al pantano, donde encontró a su esposo sin vida. La princesa rompió en llanto amargo abrazada al difunto, y de sus lágrimas comenzaron a brotar insectos de todo tipo, y su cabello se pobló de hojas y espinas. Desde aquel entonces las zonas pantanosas se poblaron de multitud de insectos y de vegetación agreste. Cuando por las tardes el viento mece la vegetación se puede escuchar el llanto quedo de Tzuaina Taina.

LOS AMORES DE CHIMBORAZO

Dicen los mayores que la naturaleza tiene corazón, que tiene sentimientos. Por eso las plantas y los animales, los ríos y los océanos, las selvas y los desiertos, las rocas y las estrellas tienen corazón, tienen sentimientos. A veces los Apus, los espíritus que habitan dentro de las cosas, se aburren de estar en el mismo lugar o de verse en la misma condición, entonces toman forma humana y salen a deambular por el mundo. En esos momentos de humanidad, los Apus comienzan a sentir como sentimos los seres humanos. Llegan a sentir hambre y sueño, dolor y miedo, enojos y alegrías, y a veces, llegan a sentir amor.

Una mañana el Tata Chimborazo, el guerrero montaña, se cansó de su quietud y salió a recorrer la región, deseoso de explorar los caminos y de conocer a sus habitantes. Luego de mucho andar, de ir y venir, vino a toparse con ella; con la sin igual Tungurahua. Era la mujer más hermosa de la región. Sus ojos

grandes y su cabello negro, largo y brillante, su figura juvenil y su caminar de jaguar al acecho lo cautivó. Ella sintió que la miraban, y al volverse con disimulo para sorprender al atrevido que la espiaba, sus ojos se toparon con la esbelta y poderosa figura del guerrero. Al instante se dieron cuenta que nunca se iban a separar. Él quiso tomarla para sí, y hacerla de inmediato su esposa, pero ninguno de los dos tenía una manta para completar los ritos. Así que Chimborazo partió enseguida a buscar una, prometiendo regresar tan pronto la consiguiera.

Chimborazo se internó en las montañas en busca de la abuela. Cuando llegó a su casa la encontró como siempre tejiendo canastas a la orilla del fogón. Chimborazo la saludó diciendo: Mama Yaya, necesito una manta para desposar a Tungurahua.

Pero ni en la casa ni en la sementera quedaba una mota de algodón.

¿Cómo hacer entonces para tejer una?

Chimborazo se sintió decepcionado y triste, necesitaba conseguir con urgencia una carga de algodón para tejer una manta, no fuera que otro de los muchos pretendientes que tenía Tungurahua se le adelantara, porque debido a su belleza sin igual, recato y manera de ser, Tungurahua tenía muchos, muchísimos pretendientes.

Chimborazo se llenó de desesperación al no saber qué hacer. Recordando a los otros pretendientes sintió cómo en su pecho se encendía un fuego creciente. Un algo abrasador que lo fue encendiendo por dentro haciéndole rechinar los dientes y apretar los puños.

Sin poderlo evitar, por sus ojos comenzaron a saltar chispas, mientras que su boca emanaba fuego y una columna de humo que pronto ennegreció el cielo. Enceguecido por los celos comenzó a golpear su pecho con los puños, tan fuerte, tan fuerte, que pronto hizo temblar la tierra. En ese momento de ira, de desesperación y de celos, Chimborazo tuvo una idea.

Se acordó de la huaca del Taita Inti, El Sol, sembrada a orillas de la laguna sagrada en lo alto de la cordillera. Ahí podría encontrar las semillas de algodón que estaba necesitando. Sin despedirse salió de la casa rumbo a la laguna sagrada. No le importó que ya la tarde moría y que pronto todo estaría cubierto por el manto de la noche. Escaló la cordillera sin descanso, cubierto por las tinieblas. A la media noche llegó a la orilla de la laguna, que brotaba en un vallecito en medio de un páramo helado chapeado de frailejones.

En la más absoluta oscuridad buscó a tientas la piedra de los sacrificios. Sabía que al pie de ella encontraría enterrada la olla con los pagamentos que la comunidad había ofrecido el año anterior a Taita Inti, El Sol, para tener una buena cosecha. Con algo de dificultad la halló y la desenterró. Con recelo y cuidado susstrajo las semillas que fueron ofrendadas al Sol. Ahí encontró siete semillas de algodón. Chimborazo tomó solo cuatro. El resto lo regresó a la olla, la volvió a enterrar. Sin hacer ruido alguno descendió de la montaña en busca de su casa.

Regresó cuando las primeras luces del día se dibujaban en el horizonte. Chimborazo tomó las semillas y las enterró. Luego las regó con agua que había traído